

Anhelos Hondos

Allá en el camposanto
que esmaltan las auroras de amaranto
y las tardes de sándalo y carmín,
allá donde la hiedra
abraza con amor la cruz de piedra
anhelo ahora descansar al fin.

Allá donde los vientos juguetones,
columpian los rosales en botones
y lloran al pasar,
allá donde los lúgubres cipreses
me esperan hace meses
anhelo descansar.

En mi pueblo que doble la campana
bajo el oro del sol de la mañana

por este su nativo trovador;
en mi pueblo... y que manos cariñosas
me lleven a la huesa muchas rosas
cortadas con amor...

Mi cuerpo que se torne en pasionarias,
y que adornen las tumbas silenciarias
en las tardes de lumbre tropical;
es el único anhelo que hoy me inspira
y que siga la cruz siendo la lira
del alma mía que será inmortal.

Lisimaco Chavarría.

(Última composición del poeta costarricense que acaba de morir.)

La oreja de "Amargoso"

Artículo ofrecido como regalo al "Gallito" por su brindis de ayer tarde

Brindar la muerte de un toro es la ofrenda más valiosa que un español puede hacer a otro español. Los que tienen dinero recompensan el trabajo del torero con billetes de Banco o brillantes engarzados en aros de oro. Ayer, un lidiador famoso llamado el **Gallito**, excitado a ello por las imprecaciones de dieciocho mil almas, o cosa parecida, se quitó delante de mí su montera negra, me habló en un lenguaje que no entiendo, y después de matar un toro me envió la oreja del pobre animal. Entonces yo, correspondiendo a su obsequio, le arrojé una tarjeta con este extraño escrito, que debía conservarse para edificación de flamencos: "vale por un artículo en **El Pueblo**." ¿Y qué otra cosa podría yo ofrecer a un torero si no es uno de esos artículos míos en los que burla burlando doy a mi pobre patria el secreto de su degeneración? ¿Qué podría, en mi forzada miseria de intelectual español, regalar al torero célebre que en el término de dos horas gana seis veces mil pesetas?

Por eso, al escribir aquella tarjeta,

mientras las masas ululaban ebrias de sangre de caballo, mi mano temblaba de coraje y hubiera escrito en el pequeño espacio blanco un poema de indignación y vilipendio. Quien pensó herirme en el corazón al obligar al torero a un brindis que no sentía, logró su objeto y me dió una buena puñalada. ¿Cómo pensar que el **Gallito** habría de convencerme porque mató a **Amargoso** de una certera estocada? ¿Y cómo soñar yo que el **Gallito** pudiera jamás darse cuenta de que no mataba a un toro, sino a su misma patria? Nunca sería capaz de demostrar a ese lidiador que de las plazas de toros sale la epidemia del flamenquismo; nunca dejaría él de creer que una profesión que le reporta anualmente medio millón de pesetas no es un oficio indigno o perjudicial.

Pocos fueron los que comprendieron cuánta fortaleza de ánimo no es necesaria para presenciar desde un palco los caprichos del pueblo que se divierte. Hicieron bien los que me insultaron, los que silbaron, los que aplaudieron, los que a gritos pedían que hablara; se mani-